Pascual con la mitad de su vida, le embarazaba á tal punto, que no sabia lo que le pasaba. Una llama abrasadora ardia en sus mejillas; sentia como si la raiz de cada pelo tuviera un botoncito de fuego.

—Si me callo—pensaba—resulto grotesco; y si hablo, corro el riesgo de decir alguna tonteria que me haga odioso.

Alzó los ojos llenos de angustia, y Antonieta leyó en ellos tal sumision, que comprendió que era á ella á quien correspondia empezar. Sonrió tristemente, y con un acento que penetró hasta el fondo del alma de Pascual, dijo:

—Vengo á suplicar, y para decidirme á hacerlo, hube de encontrar valor evocando el recuerdo de nuestro primer encuentro. La casualidad supo lo que hizo colocándole á Vd. en mi camino...

Era preciso vencer, y Antonieta tuvo el valor de admirar á su adversario con tal coqueteria, que Pascual sintió que le fascinaba. Despues de recordarle ella misma la escena de su encuentro en aquel frondoso camino, tantas veces recorrido luego por el jóven con el alma hecha pedazos, los sucesos subsiguientes al feliz instante quedaban borrados de la manera más absoluta. Para los dos restaba sólo la memoria de aquel paseo á través de un camino cubierto de césped, y cuyo ambiente embalsamaban los aromas del campo aquella mañana de estio que formaba época en la vida del hijo de Carvajan. «La amo á Vd.; déme una esperanza, y pídame en cambio hasta la última gota de mi sangre.» Esto hubiera dicho el jóven, si se hubiese creido dueño de expresar francamente sus pensamientos; pero en su corazon no existia un átomo de fibra capaz de vibrar al influjo de lo que no fuera grande de suyo, y al verla sola con él, tranquila bajo la salvaguardia de su caballerosidad, y desdichada por ende, todo lo que no fuese amarla en silencio y servirla sin esperar un premio en cambio, le repugnaban.

—No; nunca sabrá cuánto la adoro, si no lo adivina al ver que le consagro mi existancia entera.

Este pensamiento, formulado en lo más hondo de su corazon, destruyó la cortedad que en un principio experimentara Pascual, y, acercándose á la jóven en ademan respetuoso, le dijo con acento tranquilo:

—Bien se me alcanza, señorita, el único objeto capaz de impulsarla á honrar esta casa con su presencia. Presentia que habíamos de vernos hoy, y por eso fuí ayer á Rouen, sin más objeto que informarme de los detalles de la causa que se sigue á su señor hermano.

Un relámpago de alegría animó el rostro de Antonieta, cuyas mejillas pálidas se cubrieron de rubor. Miró á Pascual llena de gratitud, y exhaló un suspiro revelador del placer que le produjo verse tan perfectamente comprendida.

—Según me han asegurado—prosiguió Pascual—M. Roberto está tranquilo, y tiene buena salud. Pero en cuanto al sumario, me fué imposible penetrar el absoluto silencio de los jueces.

—Acaso aún sea tiempo; quizá no se resolvió nada todavía... y si Vd. quisiera asociar sus esfuerzos á los nuestros... Vd. es noble, tiene un corazon generoso, y no sé por qué me parece que va á escuchar mis súplicas. Interceda Vd. con su padre para que salve á nuestro pobre Roberto...

Al oir este ruego, que colocaba á Carvajan al nivel de un verdugo cuya crueldad le es propia hasta el punto de poder desarmarla, Pascual palideció y bajó los ojos en actitud sombría. Creyendo haberle ofendi-

do, la jóven le miró acariciadora, y con acento humilde exclamó:

—Mis palabras le han disgustado á Vd..., bien lo conozco, y le ruego que me perdone: ¡pero estan delicado lo que tengo que decir!... No quiero pronunciar una sola frase que pueda parecer irrespetuosa para su padre de Vd., y, sin embargo, es preciso que exprese el verdadero objeto de mi visita. Vengo á pedir gracia... Estamos á merced de Vds., y si podemos obtener un poco de indulgencia para mi infeliz hermano, haremos cuanto nos exijan. Todo, absolutamente todo... La intercesion de Vd. puede ser poderosísima, y no vacilé en venir á rogarle que nos proteja, porque es público que su pecho abriga nobilísimos sentimientos.

Era, pues, sólo por su hermano por lo que se decidió á buscarle. En su corazon no cabia nada que no procediese de Roberto, y por amor á él vencia su orgullo y suplicaba. Las nacientes esperanzas desaparecieron. Hizo un esfuerzo para dominarse, y dejó caer la cabeza sobre el pecho, presa del más cruel desaliento.

—¡Si Vd. supiera á cuántas y cuán terribles penas nos somete la desgracia!—prosiguió la jóven.—A consecuencia de una entrevista con el señor Carvajan... ¡oh, no le acuso!..., mi padre cayó enfermo, y su vida nos inspira serios temores. Todo pesa sobre mí, y no sé á donde volver los ojos que no encuentren una amenaza de nuevas pesadumbres. Estoy sola en Clairefont, y á no ser por un amigo leal que vino en mi ayuda...

Una sospecha cruel laceró el corazon de Pascual, crispó los puños, y con angustiado semblante exclamó sordamente:

—Sin duda el señor de Croix-Mesnil...

—Sí, él fué. ¡Pobre jóven! Sólo pesadumbres y disgustos ha obtenido en cambio de su adhesion.

Y al decir esto, la voz de Antonieta era tan dulce y al propio tiempo revelaba tan tierna indiferencia, que Pascual volvió á la vida.

—Por lo que á mí toca, señorita, estoy pronto á servirla incondicionalmente; pero no puedo comprometer más que mi persona... y Vd. quiere que responda por mi padre.

La jóven creyó que se le escapaba aquel cuya conquista le interesaba tanto, y exclamó con ardiente viveza:

—¿No le domina Vd. en absoluto? ¿No sabe todo el mundo el lugar que ocupa Vd. en sus preocupaciones? Pues sea Vd. bueno; interésese por nosotros; Vd. es nuestra última esperanza. Que nos devuelvan á Roberto, y abandonaremos todo lo demás.

—El castillo y sus alrededores, el último resto de la fortuna de Vds., ¿verdad?—dijo amargamente el jóven.

Antonieta bajó los ojos silenciosa; era la segunda vez que hacia un ofrecimiento, y de nuevo era escuchado con amarga tristeza. Pero, ¿no era preciso llegar á aquel punto decisivo para el banquero, segun aseguraba Molejean? A juzgar por el criterio de éste, el Gran Margal era el objeto de todas las persecuciones del viejo Carvajan. Era el botin ofrecido á sus aliados en cuanto la victoria se obtuviese. La señorita de Clairefont comprendia lo delicado del terreno en donde tenia que luchar; pero, puesto que se trataba de capitular, ¿no era indispensable fijar las condiciones? No atreviéndose á hablar, miraba á Pascual, que se paseaba arriba y abajo con paso torpe y la cabeza inclinada sobre el pecho. De pronto se detuvo, pasó una mano por delante de sus ojos, exhaló un suspiro que pareció un sollozo, y sentándose con abandono junto á la ventana, parecia haber olvidado la presen-

cia de Antonieta. Esta sintió lástima, se levantó, y acercándose á él, le dijo con un acento que le hizo extremecerse:

—¿Le han ofendido á Vd. mis palabras? Perdóneme usted.

Pascual la miró con ojos extraviados, y sonriendo con suprema amargura, repuso:

—¿Acaso puede ofenderse á un Carvajan ofreciéndole dinero? ¿No sabe todo el mundo que el interés material es lo que rige en esta casa? Su lenguaje de Vd. es lógico y razonable. Despues de todo, se trata de un negocio. ¿Qué motivos puede tener para considerarme excepcional quien apenas me conoce? ¿Quién pudo decirle á Vd. lo que yo he sufrido, mis repugnancias y mis dolores, al ver lo que sucedia en torno de mí? ¿Acaso tuvo el presentimiento de que yo fuese altivo y desinteresado? Indudablemente no; yo soy un Carvajan, es decir, un hombre avaro y venal. La venta que Vd. me propone es ventajosa, y pensó desde luego que la aceptaria. Poner en juego mi codicia era un medio que lógicamente debia dar el resultado apetecido.

Pascual estaba completamente trastornado, y la desesperacion rebosaba en sus sarcásticas frases. Antonieta le estuvo mirando fijamente unos segundos, y moviendo la cabeza, exclamó con calma:

—Se equivoca Vd.: yo no le juzgo así; le creo bueno, caballero, de todas veras, y sabia perfectamente que mis lágrimas y mis súplicas influirian sobre Vd. cien veces más que las promesas de una ganancia material. Por eso, en cambio del beneficio que estoy segura ha de hacer, no pensaba ofrecerle, ni le ofrezco, más que mi gratitud sincera; y en prueba de mi veracidad, y como testimonio de nuestro recíproco contrato, hé aquí mi mano, que espera la de un amigo leal.

La manecita misma que, armada de una fusta, cortó el aire en el camino de Couvrécamps, se le ofrecia acariciadora. Tocar aquellos dedos afilados, sentir el dulce contacto de su fino cutis, era una fortuna para Pascual .. Significaba declararse en contra de Carvajan. Pero, ¿acaso no lo estaba desde que volvió á Neuville?

No cruzó por su mente la idea de poder ser amado un dia; se resolvió, sin esperanza de un galardon. La pobre niña, obligada por una implacable necesidad, violentaba su orgullo, y hasta casi su pudor. La compadeció, y quiso abreviar la prueba. Estrechó en la suya aquella mano querida, y con respetuoso acento, impregnado de ternura y de tristeza exclamó:

—Esté Vd. tranquila, señorita; la desgracia no se cebará en sus afecciones ni destrozará la fortuna de su casa, en tanto que yo tenga un átomo de vida. Esto le ofrezco, bajo mi palabra de honor.

La alegria anudó la garganta de Antonieta, que no pudo pronunciar una palabra, y la promesa del jóven resonó tan solemnemente en medio del silencio del sombrio gabinete de Carvajan, que Pascual mismo se estremeció.

—No obstante, amigo mio—dijo la jóven, haciendo un esfuerzo—yo no le pido tanto. Si de su conducta pudiera resultarle algun perjuicio...

—¿Y qué me importaria? Además, no puede perjudicarme intervenir, aunque indirectamente, en la destrucción de una obra que siempre me repugnó.

La señorita de Clairefot asintió con la cabeza, y en sus ojos brilló un fuego extraño. Su voz pareció á Pascual más melosa, más avasalladora, sin embargo, repuso:

—Entiéndase bien que es Vd. libre por completo, y

sin hacer desmerecer en un ápice mi gratitud, es dueño de fijar el alcance de su beneficio.

Y como si quisiera rectificar aquel último esfuerzo de su orgullo, que pudiera herir á un hombre tan noble, añadió:

—De todos modos, siempre guardaré un grato recuerdo de esta entrevista, y me honraré llamándole mi amigo.

Le tendió de nuevo la mano, y esta vez se la estrechó Pascual lleno de emoción, como si aquel acto hubiera de unirle aún más á Antonieta.

La jóven salió con M. Molejean; Pascual la acompañó hasta la puerta, la contempló con toda el alma, circunscrita en la mirada, en tanto que pudo distinguirla, y cuando la perdió de vista, cerró la puerta, subió á su cuarto, y, sentándose en una butaca, quedó sumido en profunda meditacion.

A las siete de la tarde Carvajan regresó de Lisors. Aquel viaje de siete leguas en coche le abrió el apetito. Entró pidiendo la comida á grandes voces, y se fué derecho al comedor. Su hijo se le reunió allí, y su actitud formaba extraño contraste con la alegre animacion de su padre. Estaba contento, hablando del negocio que habia realizado aquella tarde, y del cual se prometia pingües beneficios.

—Es una fábrica que promete; la corriente del rio Lieure le proporciona la fuerza motriz, y esto representa una grande ventaja; pero así y todo, los socios, como no tenian dinero, apenas podian hacer marchar el negocio. Para emprender una industria como esa, no sólo se requiere capital, sino que hace falta además inteligencia. Figúrate que ellos compraban en el Norte la remolacha, y vendian los residuos á los granjeros vecinos. De este modo, era imposible obtener los productos naturales. Preciso fué que yo les enseñase cómo se hacen esas cosas. Dumontier y yo les hemos prestado, en primera hipoteca, ciento cincuenta mil francos. Ahora, en vez de enajenar los resíduos, mantendrá por su cuenta á una porción de vacas, y sólo con el producto de la leche les saldrá á un precio insignificante la primera materia. Como Lisors no está lejos, les haré alguna visita de vez en cuando, y vigilaré la explotacion... Me ha abierto el apetito el paseo; y tú, ¿qué has hecho esta tarde?

Pascual sintió agolpársele la sangre al corazon. No era cosa de contarle francamente lo ocurrido; y resuelto á no dar un paso en falso, creyó prudente callar, evadiendo la respuesta.

—No he salido; me quedé en casa—dijo afectando indiferencia.

En el acento de Pascual había cierta cortedad que chocó á Carvajan; pero sin darse por enterado, añadió:

—Vamos á fumar á mi despacho...

Se trasladaron al oscuro gabinete, alumbrado por una lámpara colocada encima del escritorio del alcalde; y al entrar Pascual respiró con ánsia aquel ambiente, impregnado aún por el perfume que de ordinario usaba Antonieta. Pero Carvajan tenia un olfato lo mismo que un salvaje; á su vez aspiró con fuerza, y lléno de inquietud, porque temia ver realizarse lo que hacia mucho tiempo sospechaba, comenzó á pasearse arriba y abajo, sin pronunciar palabra. ¿Estaría su hijo en connivencia con sus enemigos? ¿Y en qué forma sucedia esto? Absorto en la resolucion de este problema, fijó los ojos distraidos sobre el mármol de una antigua consola, y un velito de granadina que sobre ella estaba, le chocó é hizo que exhalase una sorda exclamacion:

—¿Quién estuvo aquí?—exclamó.—¿Quién ha venido durante mi ausencia, que dejó este olor, que desde que lo noté me pareció que no era muy católico? Tú debes saberlo, puesto que no saliste en toda la tarde. Este velo no es de las mujeres de Neuville... Ellas no se tapan la cara... Acaso...

La suposicion que hizo era tan brutal, que no se atrevió á formularla. Con el rostro inflamado por la cólera, estrujando los crispados dedos aquel pedazo de gasa, saturado por un aroma delicioso, quedó suspenso mirando á su hijo, que tras largo silencio cerró los ojos, porque la presencia de su padre en aquella actitud le causaba horror; y haciendo un esfuerzo, exclamó enérgicamente:

—No se cause Vd. en hacer suposiciones; ese velo pertenece á la señorita de Clairefont.

—¡Ah, muy bien!—dijo Carvajan con acento burlon.—Muy apurados deben andar por allá arriba cuando la altiva Antonieta se resolvió á pisar los umbrales de esta casa. ¿Y la recibiste?

—Claro que si.

—¿Qué se proponia?

—Interceder acerca de Vd. por las personas que le son queridas.

—Verdaderamente, el cambio ha sido radical. ¿Dónde ha ido á parar su orgullo, que la permite humillarse?

Cambió de tono, y mirándole con severidad añadió.

—¿Y por qué no me lo dijiste en cuanto llegué?

—Porque esperaba ganar un poco de tiempo, para lograr predisponerle á Vd. en su favor.

—De modo que esperabas... ¡Vamos!... ¿me tomas acaso por un tonto á quien se maneja de cualquier manera? ¿Te parece que cambio yo de opiniones por un capricho, y renuncio á mis proyectos en cuanto veo lloriquear á una chicuela? Á tí te ha conmovido con su palabras tiernas y sus sensiblerias, porque conoce muy bien el papel que puede hacer una mujer con un hombre joven. Pero á mí no me engaña: con todas sus zalamerías, no conseguiria hacerme cejar un paso; y hasta qué punto sabe manejarlas, nos dió la prueba el dia de la fiesta, cuando su *Nicodemus* se negó á bailar enfrente de tí. No hay que fiarse de ellas: ni tienen palabra mala, ni obra buena. Saben mentir como nadie; pero á tí te ha hechizado..., y aún estaria en la esquina, cuando ya se burlaba del chasco que te habia dado.

Pascual no respondió. Estaba resuelto á aguantar el chubasco previsto de antemano, y aquellos sarcasmos eran sólo precursores de las violencias que esperaba más adelante.

Carvajan habia emprendido de nuevo sus paseos por la estancia: reflexionaba, y su rostro estaba sombrío. De pronto se detuvo, y encarándose con su hijo, exclamó.

—Supongo que no se habrá limitado á suspirar. ¿Qué te ha dicho? Cuando se propone la paz, siempre es con ciertas condiciones. Dejémonos de sensiblerias, y vamos á lo práctico. ¿Qué quieren ahora?

—Que salve Vd. á su hermano y le dé un plazo al padre.

—Es decir, que demuestre la inocencia de un asesino, y teniendo al viejo á mi disposicion, le deje en libertad de hacerme la guerra... ¡Bien! ¿Y qué ofrecen en cambio? Sin duda un eterno reconocimiento.

—La señorita de Clairefont no fijó las condiciones.

—¿Y quién las ha de fijar entonces?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Vd.—respondió friamente Pascual.—¿No están en sus manos?...

Carvajan se apoyó contra la chimenea, y afectando benevolencia, dijo:

—Es verdad; pero la situacion es difícil, y más ven cuatro ojos que dos. ¿Qué harias tú en mi caso?

—Desde mi llegada le dije á Vd. francamente mi criterio: conciliar es lo que yo haria. Pero hoy cambian las circunstancias. Entonces se trataba de una cuestion puramente material, de miserable dinero, y mi deseo era que renunciase Vd. á una hostilidad que podia rebajarle á los ojos de muchas personas. Me proponia que las ideas de Vd. estuviesen al nivel de su posicion. Siendo el más fuerte, la generosidad era dignísima, áun sucediendo que sus enemigos opusieran resistencia. Pero hoy, que están rendidos, desesperados, implorando gracia, ¿qué podré decir? Ya no se trata de un consejo, como entonces; se trata de un ruego que le dirijo con toda mi alma. No sea Vd. inhumano; no se ensañe Vd. con el caido; olvide Vd á los Clairefont, como si no existieran, y no aniquile á un pobre jóven, cuyo verdadero crímen consiste en el nombre que lleva.

—¡El hijo de Honorato!—exclamó colérico Carvajan. —¿Olvidas que te insultó en público? Y en cuanto al padre ¿ignoras lo que ayer pasó en su casa? Intentó maltratarme, y me expulsaron de ella. Si tal hizo *caido*, figúrate lo que haria si se pusiera en pié. Y, sobretodo, me debe cerca de cuatrocientos mil francos, y...

—Y la hipoteca vale el doble...

—¡Pues no faltaba más!...

—¡Padre!...—insistió Pascual con voz temblorosa por la emocion;—no me quite Vd. la esperanza de convencerle; hágame el sacrificio de un odio que desdice de una persona que ocupa posicion tan elevada, y en cambio exíjame lo que quiera. Estaré á las órdenes de Vd., me asociaré á sus negocios, haré triunfar sus ambiciones...; pero, por lo que más quiera, no me niegue lo que le pido.

Carvajan sonrió irónicamente, y con un acento que envolvia cien insultos, exclamó:

—¿Oye, ¿qué te ha ofrecido la cándida Antonieta, si dabas cima á tu empresa?

—¡Padre!...

—¿Eres el hombre de negocios de los ilustres Clairefont, por lo visto?

—No; soy un hijo que quiere ver honrado como merece el nombre de su padre.

—Honor... No sientan muy bien esas palabras en tus lábios... Vamos, *señor íntegro*. Confiesa tu traicion; sé franco al ménos. ¡Crees que no he notado tu conducta, y sospechas que no comprendí que tenia un enemigo en mi propia casa? ¿Pensaste engañarme?... Necio, que, arrastrado por una mujer, eres capaz de vender á tu padre. Intercede por ella, sacrifícame.. , que ya verás lo que obtienes en cambio. ¡Ah! Queria saber á qué atenerme, y ya lo sé. Ve, anda, y que te enseñe Antonieta lo que es honor y lo que es respeto...

—¡Padre!...

—Atrévete á sostener que esa chiquilla no te ha embrujado...; afirma, á fé de caballero, que no estás enamorado de ella.

Pascual, que dominado por la cólera paternal habia inclinado el rostro, se irguió, y con el semblante iluminado por la pasion, exclamó:

—Pues bien; es cierto. La amo. Y será la desgracia

de toda mi vida, puesto que he de optar entre Vd., que se me muestra implacable, y ella, que es imposible para mí. Los golpes que Vd. les aseste, repercutirán sobre mi corazon. Es la fatalidad quien así lo quiere. Yo no he buscado á la señorita de Clairefont; la suerte la interpuso en mi camino, y cuando quise reflexionar, era tarde. Deponga Vd. sus odios, y si me lo exige, no volveré á verla... No conozco ni á su padre ni á su hermano. En todas estas desgracias ella sola me interesa. Vd. no puede aborrecerla. ¿Qué daño le ha hecho? ¡Padre! ¡Padre mío! Piense Vd. que tambien fué jóven, y amó como yo amo... Y, en nombre de los sufrimientos que Vd. experimentó, no me condene á otros análogos.

—Has hecho mal en evocar ese recuerdo (dijo Carvajan con acento sombrio). Lejos de calmarme, excita mi odio. Renuncia á tu amor, más jóven que mi afan de venganza, vivo hoy en mi alma como cuando era reciente la ofensa. Le consagré mi vida entera, y cuando el triunfo me sonrie, ¿pretendes tú que lo sacrifique á un capricho tuyo? Eres un niño ciego y débil. Déjame obrar, y verás como obtengo en tu beneficio lo que no puedes figurarte. Casi me acusas de ser un mal padre, cuando de mis actos resultará tu bienestar. ¿quieres á esa mujer? Pues la tendrás. Has de verla dócil á tu voluntad antes de muy poco tiempo. Conozco yo una manera infalible para dominar en las personas más altivas. Ten confianza en mí. Sigue mis consejos. Limítate á ser espectador de este drama, y tendrás tu *princesa*....

—¡Nunca! (gritó Pascual con furia.) Me moriría de vergüenza al mirarla....

—Estás abusando de mi paciencia, y no tengo demasiada. Me entretiene la conversacion, siempre que

no se prolongue mucho, y sabes tambien como yo que si digo una vez no, no hay poder humano que me tuerza. Hace treinta años juré arrojar al marqués de su castillo y ocupar su puesto.....

—Pues á mi vez juro yo ahora no consentirlo.

—Bueno (dijo Carvajan con espantosa calma). Sentiré tener que enseñarte que es una insensatez comprometerse á lo que es temerario. Antes de quince dias (¿te haces cargo?) antes de quince dias, repito, se venderá ese patrimonio en pública subasta, y el marqués de Clairefont estará en la calle.

—No, no sucederá, porque mañana mismo quedará saldado el crédito.

—¡Vamos, estás loco! (dijo sonriendo con lástima Carvajan). ¿Con qué dinero?

—Con el mio...

Si la casa se hubiese hundido, de seguro Carvajan recibiera el golpe con más vigor que oyó las palabras de su hijo.

—¿Sabes lo que dices?—balbuceó.

—Sí, tan bien como lo que queria Vd. hacer.

—¿Te atreverás á contrarrestar mis proyectos?

—No retrocederé delante de nada, con tal de evitar esa expoliacion indigna.

—¿Cómo te atreves á hablarme así?

—Porque me inspiran horror los actos de Vd.

Al oir estas palabras, Carvajan avanzó un paso, amenazador y terrible: trastornaba su rostro una cólera salvaje; sus ojos brillaban con un fuego infernal, y con las manos crispadas, que más que manos parecian garras, se le hubiera tomado por un espíritu del averno.

—¡Ah! ¡Me amenazas! ¡Me ultrajas! Pues bueno; no esperes piedad, ni tú, ni los miserables á quienes defiendes; atrayéndote, creyeron obtener un triunfo, pues

imaginaban que no te combatiria; ya vereis todo lo que yo hago cuando se me provoca. ¡Valiente protector tienen en tí, mísero gusano, que pretendes destruir un roble royéndole! Otros mas fuertes que tú he reducido á la nada, y ahora podrás apreciar exactamente si aprieta fuerte mi mano cuando se propone estrujar á alguien. ¡Necio! ¡Creiste todo lo que te ofrecieron esos hipócritas de Clairefont, que se valen de tí, sirviéndose de una chicuela para atraerte! ¡Ah! No es muy avara que digamos. Pregúntaselo á su novio, que difirió el matrimonio indefinidamente... Y ademas, acabará por despreciarte. ¿Cómo tú, que no llevas un *de* delante de tu apellido, osas pretender á una hija del ilustre marqués de Clairefont? Luego que hayas sacado las castañas del fuego, te echarán á la calle como un lacayo... Vaya, comprende las cosas, Pascual... Hijo mio... Yo no te engaño; soy franco y sincero; estas al borde de un abismo. Si procedes así, al renegar de tu padre, habrás faltado á los mas santos deberes. ¿No me oyes? Levanta la cabeza, hombre. Contesta. Prométeme reflexionar; no des ese dinero. ¡Caramba! Cuesta mucho ganarlo... Despues no será ni agradecido, ni pagado. ¡Pascual... Pascual!...

Se acercó al jóven; le abrazó; le acarició, hablandole con ternura, con elocuencia, variando las entonaciones. Avido por convencerle y seducirle, al verle inmóvil, sordo y mudo, escudado por su firme voluntad, de nuevo montó en cólera, y axclamó con furia:

—¡Fuera de aquí miserable! ¡Quítate de mi presencia, infame, que vendes á tu padre y le asesinas! Porque me matas, sí. Si no logro ver los Clairefonts en medio del arroyo, me muero, porque no he vivido para otra cosa. Necesito verles sumidos en la nada y la desesperacion. Ya que me quitas este codiciado bien...

vete... vete... ¿Qué esperas? Sal de esta casa, si no quieres que te cruce el rostro.

—¡Padre!...—gimió Pascual.

—Te prohibo que me llames así. No es mi hijo quien procede de esa manera.

El jóven, mudo de horror ante aquella furia que no retrocedia por nada, hizo un gesto de desesperacion, y se dirigió á la puerta; pero Carvajan le detuvo para intentar el último esfuerzo.

—Espera, oye mi última palabra; transijamos. No pagues, y te prometo dejarlos tranquilos.

—No, padre; perdóneme, pero no me fío; el odio le ciega, y seria Vd. capaz de engañarme.

Los cabellos grises de Carvajan se erizaron sobre su cabeza. Alzó la mano para pegarle á su hijo, pero su brazo cayó inerte, sin fuerza. Pretendió gritar, y no pudo. Rebuscó un insulto en su cerebro, y sólo pudo decir con voz ronca:

—Si tu madre ve esto, te maldecirá.

—No, todo lo contrario. Tengo la certeza de que me bendice desde el cielo,—replicó Pascual irguiendo la frente con orgullo.

Y dejando al viejo ébrio de rabia al verse impotente para dominarle, salió.